ignorante de que recibe tan soberano don. Á otras personas será por otra forma; á esta de quien hablamos se la presentó el Señor acabando de comulgar con forma de gran resplandor y hermosura y majestad, como después de resucitado, y le dijo, que ya era tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tendría cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir, que para decir. Parecerá que no era esta novedad, pues otras veces se había representado el Señor á esta alma en esta manera; fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada; lo uno porque fué con gran fuerza esta visión, lo otro porque las palabras que le dijo, y también, porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, sino es en la visión pasada, no había visto otras» (1).

Consumado ya el místico matrimonio, ¿quién podrá decir el tesoro de bienes espirituales que el Señor comunicó á su Sierva?

«Entrádose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado» (2).

Es un secreto tan grande, dice la Santa, y una merced tan subida la que comunica Dios allí á el alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé á que lo comparar, sino á que quiere el Señor manifestarle por aquel momento la gloria que hay en el cielo, por más subida manera, que por ninguna visión ni gusto espiritual. No se puede decir más de que, á cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios, que,

(1) Moradas Sep. c. II.
(2) S. Juan de la Cruz. Canc. XXII.

como es también espíritu, ha querido su Majestad mostrar el amor que nos tiene, en dar á entender á algunas personas hasta donde llega para que alabemos su grandeza; porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura, que ansí como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella» (1).

Los efectos prodigiosos que tan dichosa unión causa en el alma del que la goza, solo nuestra Madre que pasó por ello nos lo podrá dar á entender: «El primero, dice, un olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es, como queda dicho; porque toda está de tal manera, que no se conoce, ni se acuerda que para ella ha de haber cielo, ni vida, ni honra, porque toda está empleada en procurar la de Dios, que parece que las palabras que le dijo su Majestad hicieron efecto de obra, que fué que mirase por sus cosas, que Él miraría por las suyas. Y ansí de todo lo que puede suceder no tiene cuidado, sino un extraño olvido, que, como digo, parece que no es, ni querría ser en nada, nada, sino es para cuando entiende, que puede haber por su parte algo, en que acreciente un punto la gloria y honra de Dios, que por esto pondría muy de buena gana su vida.....

Lo segundo, un deseo de padecer grande, mas no de manera que le inquiete, como solía; porque es en tanto extremo el deseo que queda en estas almas de que se haga la voluntad de Dios en ellas, que todo lo que su Majestad hace, tienen por bueno; si quisiere que padezca, en horabuena, si no, no se mata como solía.

Tienen también estas almas un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha más paz que lo que queda dicho, y sin ninguna enemistad con los que las hacen mal ú desean hacer, antes les cobran amor

(1) Id. id.

particular, de manera que si los ven en algún trabajo, lo sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por librarlos de él; y encomiéndalos á Dios muy de gana, y de las mercedes que les hace su Majestad holgarían perder, porque se las hiciese á ellos, porque no ofendiesen á nuestro Señor.

Lo que más me espanta de todo es, que ya habéis visto los trabajos y aflicciones que han tenido por morirse, por gozar de nuestro Señor: ahora es tan grande el deseo que tienen de servirle, y que por ellas sea alabado, y de aprovechar algún alma, si pudiesen, que no solo no desean morirse, mas padecer muy muchos años, padeciendo grandísimos trabajos, por si pudiesen, que fuese el Señor alabado por ellos, aunque fuese en cosa muy poca. Y si supiesen cierto, que en saliendo el alma del cuerpo ha de gozar de Dios, no les hace al caso, ni pensar en la gloria que tienen los santos: no desean por entonces verse en ella. Su gloria tienen puesta en si pudiesen ayudar algo al Crucificado, en especial, cuando ven que es tan ofendido, y los pocos que hay, que de veras miren por su honra, desasidos de todo lo demás. Verdad es que algunas veces que se olvidan de esto, tornan con ternura los deseos de gozar de Dios y desear salir deste destierro, en especial viendo lo poco que le sirven; mas luego torna, y mira en sí mesma con la continuanza que le tiene consigo, y con aquello se contenta, y ofrece á su Majestad el querer vivir, como una ofrenda la más costosa para ella, que le puede dar. Temor, ninguno tiene de la muerte, más que ternía de un suave arrobamiento. El caso es que el que daba aquellos deseos con tormento tan excesivo, da ahora estotros.

Un desasimiento grande de todo, y deseo de estar siempre, ú solas, ú ocupadas en cosa que sea provecho de algún alma: no sequedades ni trabajos interiores,

sino con una memoria y ternura con nuestro Señor, que nunca querría estar sino dándole alabanzas; y cuando se descuida el mesmo Señor la despierta de la manera que queda dicho, que se ve clarísimamente que procede aquel impulso (ú no sé cómo le llame) de lo interior del alma, como se dijo de los ímpetus. Acá es con gran suavidad, mas ni procede del pensamiento, ni de la memoria, ni cosa que se pueda entender, que el alma hizo nada de su parte..... Por cierto cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros, y andarnos rogando (que no parece esto otra cosa) que nos estemos en Él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan, por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos..... La diferencia que hay aquí en esta Morada, es lo dicho, que casi nunca hay sequedad, ni alborotos interiores de los que había en todas las otras á tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre. El no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios; porque como está dicho, no tienen que ver aquí los sentidos, ni potencias; que se descubrió su Majestad al alma, y la metió consigo, adonde á mi parecer, no osará entrar el demonio ni le dejará el Señor; y todas las mercedes que hace aquí al alma, como he dicho, son sin ninguna ayuda de la mesma alma, sino el que ya ella ha hecho de entregarse toda á Dios. Pasa con tanta quietud, y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí á el alma, y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oir ningún ruido: ansí es en este templo de Dios, en esta Morada suya, solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento, que el Se-

ñor que le crió, le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque, aunque á tiempos se pierde esta vista, y no le dejan mirar, es poquísimo intervalo, porque, á mi parecer aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

Estos efectos con todos los demás que hemos dicho, que sean buenos en los grados de oración que quedan dichos, da Dios cuando llega el alma á Sí, con este ósculo que pedía la Esposa, que yo entiendo aquí se la cumple esta petición. Aquí se dan las aguas á esta cierva que va herida, en abundancia. Aquí se deleita en el tabernáculo de Dios. Aquí halla la paloma que envió Noé, á ver si era acabada la tempestad, la oliva por señal que ha hallado tierra firme dentro en las aguas y tempestades de este mundo. ¡Oh Jesús! ¡Y quien supiera las muchas cosas de la Escritura que debe haber para dar á entender esta paz del alma! Dios mío, pues veis lo que nos importa, haced que quieran los cristianos buscarla, y á los que la habéis dado, no se la quitéis por vuestra misericordia; que en fin hasta que les deis la verdadera, y las llevéis á donde no se puede acabar, siempre se ha de vivir con temor» (1).

He aquí el interior de la Seráfica Doctora descrito por ella misma unos nueve ó diez años antes de su muerte. Metida en la interior bodega, que es la unión más íntima que el hombre puede tener con Dios acá en la tierra, no tiene otro querer que el de su Amado. Allí su entendimiento debe altísima sabiduría, ejercítase en amor suavísimo su voluntad, y la memoria se recrea con la recordación del infinito Bien que espera. Ya puede decir con verdad:

(1) Mor. Sep. c. III.

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.
Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
Á mí, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su Esposa.
Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio,
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio (1).

Con tanto gozar no se vaya á creer que la Santa vióse libre de trabajos en los años que le restaban de vida. Túvolos y muy grandes, porque como ella decía, el hacer Dios estas mercedes, no piense alguno que es para solo regalar estas almas, que sería grande yerro, que no nos puede su Majestad hacerla mayor que es darnos vida que sea imitando á la que vivió su Hijo tan amado; y así se ha de tener por cierto, que son estas mercedes para fortalecer nuestra flaqueza, y poderle imitar en el mucho padecer. Siempre hemos visto que los que más cercanos anduvieron á Cristo nuestro Señor, fueron los de mayores trabajos.

(1) S. Juan de la Cruz: *Decl. del Cant. Esp.*, Canc. XXVI, XXVII y XXVIII.